

Por la misma razón que los actos de severidad deben hacerse todos juntos, y que dejando menos tiempo para reflexionar en ellos ofenden menos²⁴⁴, los beneficios deben hacerse poco a poco, a fin de que se tenga lugar para saborearlos mejor²⁴⁵.

Un príncipe debe, ante todas cosas, conducirse con sus gobernados de modo que ninguna casualidad, buena o mala, le haga variar²⁴⁶, porque si acaecen tiempos penosos, no le queda ya lugar para remediar el mal²⁴⁷; y el bien que hace entonces, no se convierte en provecho suyo²⁴⁸. Le miran como forzoso, y no te lo agradecen.

Capítulo IX

Del principado civil

Vengamos al segundo modo con que un particular puede hacerse príncipe sin valerse de crímenes ni violencias intolerables²⁴⁹. Es cuando, con el auxilio de sus conciudadanos, llega a reinar en su patria. Pues bien, llamo civil este principado. Para adquirirle, no hay necesidad ninguna de cuanto el valor o fortuna pueden hacer, sino más bien de cuanto una acertada astucia puede combinar²⁵⁰. Pero digo que no se eleva uno a esta soberanía con el favor del pueblo o el de los grandes²⁵¹.

En cualquiera ciudad hay dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado ni oprimido por los grandes; y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo. Del choque de ambas inclinaciones, dimana una de estas tres cosas: o el establecimiento del principado, o el de la república, o la licencia y anarquía. En cuanto al principado, se promueve su establecimiento por el pueblo o por los grandes, según que el uno u otro de estos dos partidos tienen ocasión para ello. Cuando los magnates ven que ellos no pueden resistir al pueblo²⁵², comienzan formando una gran reputación a uno de ellos²⁵³, y dirigiendo todas las miradas hacia él hacerlo después príncipe²⁵⁴, a fin de poder dar, a la sombra de su soberanía, rienda suelta a sus inclinaciones. El pueblo procede del mismo modo con respecto a uno solo, cuando ve que no puede resistir a los grandes, a fin de que le proteja su autoridad²⁵⁵.

El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes se mantiene con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo²⁵⁶, porque siendo príncipe, se halla cercado de muchas gentes que se tienen por iguales con él²⁵⁷, y no puede mandarlas ni manejarlas a su discreción.

Pero el que llega a la soberanía con el favor popular²⁵⁸ se halla sólo en su exaltación; y entre cuantos le rodean, no hay ninguno, o más que poquísimos a lo menos, que no estén prontos a obedecerle²⁵⁹.

Por otra parte, no se puede con decoro, y sin agraviar a los otros, contentar los deseos de los grandes²⁶⁰. Pero contenta uno fácilmente los del pueblo, porque los deseos de éste tienen un fin más honrado que el de los grandes, en atención a que los últimos quieren oprimir, y que el pueblo limita su deseo a no serlo.

Añádase a esto que, si el príncipe tiene por enemigo al pueblo, no puede estar jamás en seguridad; porque el pueblo se forma de un grandísimo número de hombres. Siendo poco

numerosos los magnates, es posible asegurarse de ellos más fácilmente. Lo peor que el príncipe tiene que temer de un pueblo que no le ama es el ser abandonado por él; pero si le son contrarios los grandes, debe temer no solamente verse abandonado, sino también atacado y destruido por ellos; porque teniendo estos hombres más previsión y astucia, emplean bien el tiempo para salir de aprieto, y solicitan dignidades al lado de aquel al que esperan ver reinar en su lugar²⁶¹.

Además, el príncipe está en la necesidad de vivir siempre con este mismo pueblo; pero puede obrar ciertamente sin los mismos magnates, supuesto que puede hacer otros nuevos y deshacerlos todos los días; como también darles crédito, o quitarles el que tienen, cuando esto le acomoda²⁶².

Para aclarar más lo relativo a ellos, digo que los grandes deben considerarse bajo dos aspectos principales o se conducen de modo que se unan en un todo con la fortuna u obran de modo que se pasen sin ella. Los que se enlazan con la fortuna, si no son rapaces²⁶³, deben ser honrados y amados. Los otros que no se unen a ti personalmente, pueden considerarse bajo dos aspectos: o se conducen así por pusilanimidad o una falta de ánimo, y entonces debes servirte de ellos como de los primeros, especialmente cuando te dan buenos consejos, porque te honran en tu prosperidad, y no tienes que temer nada de ellos en la adversidad²⁶⁴. Pero los que no se empeñan más que por cálculo o por causa de ambición²⁶⁵, manifiestan que piensan más en sí que en ti. El príncipe debe estar sobre sí contra ellos y mirarlos como a enemigos declarados, porque en su adversidad ayudarán a hacerle caer²⁶⁶.

Un ciudadano hecho príncipe con el favor del pueblo debe tirar a conservarse su afecto; lo cual le es fácil porque el pueblo le pide únicamente el no ser oprimido. Pero el que llegó a ser príncipe con la ayuda de los magnates y contra el voto del pueblo, debe, ante todas cosas, tratar de conciliarsele; lo que le es fácil cuando le toma bajo su protección²⁶⁷. Cuando los hombres reciben bien de aquel de quien no esperaban más que mal, se apegan más y más a él²⁶⁸. Así, pues, el pueblo sometido por un nuevo príncipe que se hace bienhechor suyo, le coge más afecto que si él mismo, por benevolencia, le hubiera elevado a la soberanía. Luego el príncipe puede conciliarse el pueblo de muchos modos; pero éstos son tan numerosos y dependen de tantas circunstancias variables, que no puedo dar una regla fija y cierta sobre este particular. Me limito a concluir que es necesario que el príncipe tenga el afecto del pueblo²⁶⁹, sin lo cual carecerá de recurso en la adversidad²⁷⁰.

Nabis, príncipe nuevo entre los espartanos, sostuvo el sitio de toda la Grecia y de un ejército romano ejercitado en las victorias; defendió fácilmente contra uno y otro su patria y Estado, porque le bastaba, a la llegada del peligro, el asegurarse de un corto número de enemigos interiores. Pero no hubiera logrado él estos triunfos, si hubiera tenido al pueblo por enemigo.

¡Ah!, no se crea impugnar la opinión que estoy sentado aquí, con objetarme aquel tan repetido proverbio «que el que se fía en el pueblo, edifica en la arena»²⁷¹. Esto es verdad, cenfíesolo, para un ciudadano privado, que, contento en semejante fundamento, creyera que le libraría el pueblo, si él se viera oprimido por sus enemigos o los magistrados. En cuyo caso, podría engañarse a menudo en sus esperanzas, como esto sucedió en Roma a los Gracos y en Florencia a mosén Jorge Scali. Pero si el que se funda sobre el pueblo es príncipe suyo; si puede mandarle y que él sea hombre de corazón, no se atemorizará en la adversidad; si no deja de hacer, por otra parte, las conducentes disposiciones, y que mantenga con sus estatutos

y valor el de la generalidad de los ciudadanos, no será engañado jamás por el pueblo, y reconocerá que los fundamentos que él se ha formado con éste, son buenos²⁷².

Estas soberanías tienen la costumbre de peligrar, cuando uno las hace subir del orden civil al de una monarquía absoluta, porque el príncipe manda entonces o por sí mismo o por el intermedio de sus magistrados. En este postrer caso, su situación es más débil y peligrosa, porque depende enteramente de la voluntad de los que ejercen las magistraturas, y que pueden quitarle con una grande facilidad el Estado, ya sublevándose contra él, ya no obediéndole²⁷³. En los peligros, semejante príncipe no está ya a tiempo de recuperar la autoridad absoluta, porque los ciudadanos y gobernados que tienen la costumbre de recibir las órdenes de los magistrados, no están dispuestos, en estas circunstancias críticas, a obedecer a las suyas²⁷⁴; y que en estos tiempos dudosos carece él siempre de gentes en quienes pueda fiarse²⁷⁵.

Semejante príncipe no puede fundarse sobre lo que él ve en los momentos pacíficos, cuando los ciudadanos necesitan del Estado; porque entonces cada uno vuela, promete y quiere morir por él, en atención a que está remota la muerte²⁷⁶. Pero en los tiempos críticos, cuando el Estado necesita de los ciudadanos, no se hallan más que poquísimos de ellos.

Esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto uno no puede hacerla más que una vez²⁷⁷; en su consecuencia, un prudente príncipe debe imaginar un modo, por cuyo medio sus gobernados tengan siempre, en todo evento y circunstancias de cualquier especie, una grandísima necesidad de su principado²⁷⁸. Es el expediente más seguro para hacérselos fieles para siempre.

Capítulo X

Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados

O el principado es bastante grande para que en él halle el príncipe, en caso necesario, con qué sostenerse por sí mismo²⁷⁹, o es tal que, en semejante caso, se ve precisado a implorar el auxilio de los otros²⁸⁰.

Pueden sostenerse los príncipes por sí mismos, cuando tienen suficientes hombres y dinero para formar el correspondiente ejército, con el que estén habilitados para dar batalla a cualquiera que llegara a atacarlos²⁸¹. Necesitan de los otros, los que no pudiendo salir a campaña contra los enemigos, se ven obligados a encerrarse dentro de sus muros y ceñirse a guardarlos²⁸².

Se ha hablado del primer caso; y le mentaremos todavía, cuando se presente la ocasión de ello.

En el segundo caso, no podemos menos de alentar a semejantes príncipes a mantener y fortificar la ciudad de su residencia sin inquietarse por lo restante del país²⁸³. Cualquiera que haya fortificado bien el lugar de su mansión, y se haya portado bien con sus gobernados, como lo hemos dicho más arriba y lo diremos adelante, no será atacado nunca más que con mucha circunspección, porque los hombres miran con tibieza siempre las empresas que les